

EN TORNO AL ORIGEN DEL FOCO MEGALITICO DEL ORIENTE DE LA MESETA: DE NUEVO EL SEPULCRO DE CUBILLEJO DE LARA

In memoriam Juan Maluquer de Motes

por

Germán DELIBES DE CASTRO Y Manuel ROJO GUERRA

Uno de los temas más debatidos de la prehistoria reciente del Valle del Duero es el de su colonización megalítica. Conocido ya desde hace más de medio siglo el brote dolménico salmantino, nunca parecieron existir demasiadas dudas sobre su conexión occidental, tanto con los monumentos de la Beira como con los extremeños, aunque sólo fuera por la proximidad geográfica de los mismos o por sus analogías arquitectónicas. El problema de interpretación se haría más evidente a partir de los años 70, al irse configurando mediante sucesivos hallazgos la existencia de un nuevo foco dolménico en el oriente meseteño, el cual, por ahora, parece tener su mejor representación en los sepulcros de la zona de Sedano, en el Norte de Burgos, en la tumba también burgalesa pero más aislada de Cubillejo de Lara, en el dolmen soriano recientemente descubierto de Carrascosa de la Sierra y en los excavados por el Marqués de Cerralbo en la zona de Sigüenza. Todos ellos responden desde el punto de vista arquitectónico al esquema más clásico de *sepulcro de corredor*, lo que supone alguna suerte de paralelo con respecto a los monumentos salmantinos; pero, al tiempo, como el profesor Maluquer subrayaba hace ya más de treinta años, idénticos modelos megalíticos se constatan en la Llanada alavesa planteándose así la interesante problemática de que los megalitos burgaleses pudieran ser un eslabón entre los occidentales y los vascos, en cuyo caso ambos compartirían el mismo origen, probablemente occidental, y se demostraría la incidencia del megalitismo portugués en la formación del brote pirenaico. (Maluquer de Motes, 1947 y 1973).

Con los descubrimientos y excavaciones realizadas en los últimos años, tanto en dólmenes del valle medio del Duero, por ejemplo el de Simancas, como en algunos sedaneses, esta unidad del megalitismo de las tierras del interior se ha ido confirmando, al demostrarse en

términos generales el sincronismo de los sepulcros megalíticos del centro de la Meseta, burgaleses y alaveses, y al haber deparado todos ellos ajuares muy homogéneos y típicos, lo cual les confiere mayor cohesión de la que simplemente les reportaba hasta entonces la proximidad, siempre subjetiva, de sus esquemas arquitectónicos (Delibes, Alonso y Rojo, 1987). Tales avances, sin embargo, no parecen por sí solos suficientes para probar el occidentalismo de los dólmenes burgaleses y vascos en general, si bien constituyen argumentos de peso en pro de la mencionada hipótesis. La investigación en este aspecto puede decirse, pues, que continúa abierta, y en ese contexto ha de entenderse el trabajo presente. Nuestra intención en las páginas que siguen es, precisamente, profundizar en el estudio de las relaciones de los grupos megalíticos del oriente de la Meseta, para lo cual incidiremos en la problemática de algunos aspectos del sepulcro de corredor de Cubillejo de Lara. El análisis de un interesante detalle arquitectónico del mismo nos dará pie, en este sentido, a rastrear la posible raigambre extremeño-salmantina de este modelo de construcciones; la presencia en su ajuar de algún material de adorno poco común demostrará, por el contrario, que aquellas poblaciones vinculadas funerariamente al monumento mantenían también contactos con sus vecinos del Levante.

1. Localización y características del dolmen¹.

El monumento al que nos referimos, objeto de excavación en 1970 (Osaba, Abásolo, Urizarri y Liz, 1971), se sitúa en un ancho valle localizado en el extremo Suroeste del término de Cubillejo de Lara, Burgos. El paraje, geomorfológicamente, se corresponde con un mal definido sector de transición entre la cuenca terciaria de Castilla la Vieja y el flanco occidental de la Cordillera Ibérica, cuya litología aparece caracterizada por la diversidad (calizas, conglomerados, arcillas y aportes aluviales), y el relieve por unas formas amplias pero accidentadas, articuladas en una sucesión de crestas más o menos enérgicas y depresiones o valles de topografía irregular. En el fondo de uno de estos valles, que sigue dirección W-E y se encuentra dominado al Norte por Peñalara y al Sur por la Sierra de la Mambra, se localiza la estación arqueológica, cuyo emplazamiento exacto —hoja 277, Covarrubias, del MTN de España 1:50.000, a los 42° 07' 45" lat. N. y 0° 10' 25" long. E— coincide sobre un pequeño espigón formado por la confluencia de dos pequeños arroyos, uno de los cuales es conocido con el nombre de Los Valles.

¹ Los trabajos de planimetría y documentación del dolmen de Cubillejo de Lara han sido subvencionados por la Junta de Castilla y León a través de la Dirección General de Patrimonio Cultural. Quede constancia aquí de nuestro reconocimiento a dicha institución.

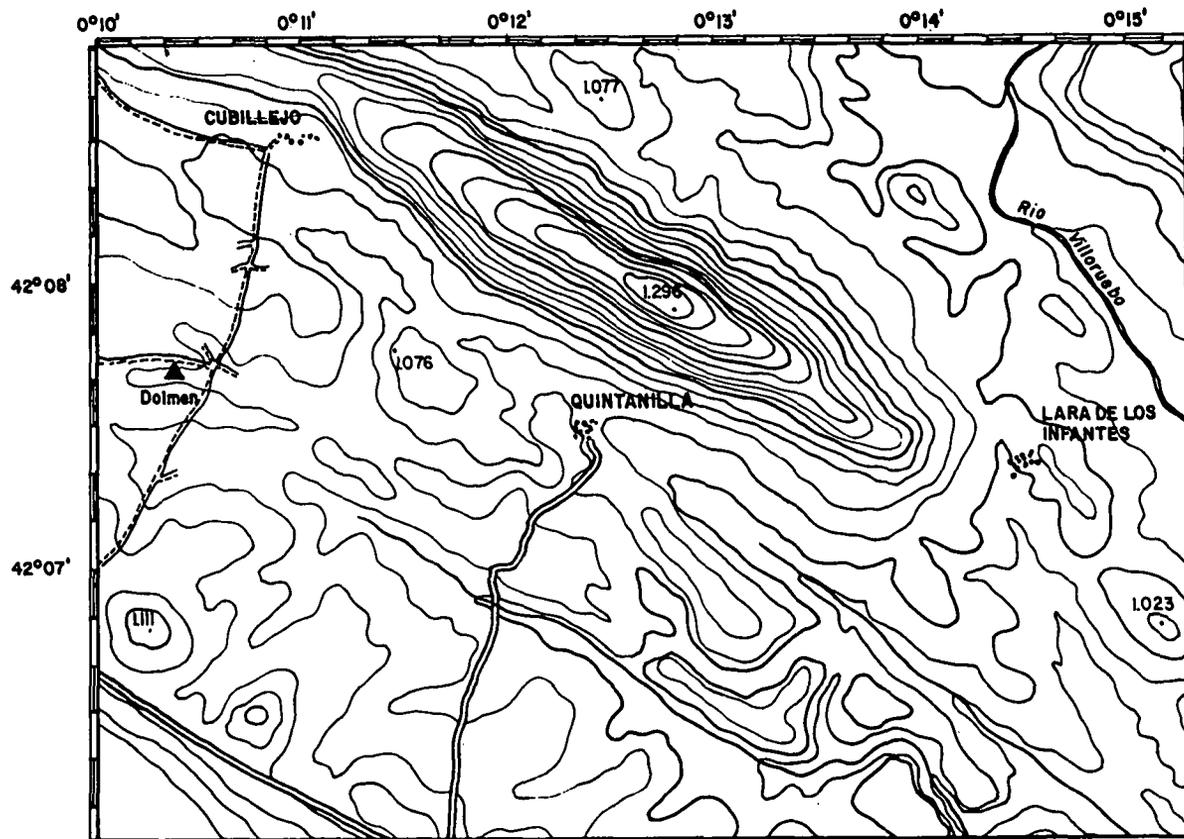


Fig. 1. Localización del dolmen de Cubillejo (▲), al pie de Peña Lara. Calco de la hoja nº 277 (Covarrubias) del Mapa Topográfico Nacional de España, escala 1:50.000.

Actualmente, tras los trabajos arqueológicos citados, que efectuaron investigadores de la Universidad de Valladolid y del Museo de Burgos, en el monumento cabe diferenciar con claridad dos espacios estructuralmente muy distintos: el túmulo y el recinto sepulcral o megalito propiamente dicho.

La característica más acentuada del *túmulo* es su escasa definición y envergadura. En el sector S-SE apenas existe desnivel respecto a las tierras de labor circundantes, mientras que en el opuesto el talud sólo se manifiesta algo más pronunciado como consecuencia de la erosión de los mencionados arroyos, sin que por ello alcance a saberse con exactitud dónde se sitúa el auténtico límite del montículo prehistórico. Pese a todo creemos intuir que la planta del túmulo no fue en origen circular, sino ovalada coincidiendo su eje mayor con la orientación W-E del corredor, y que su alzado no era demasiado notable pese a que la altura de algunos ortostatos de la cámara se aproxima a los 2 m. Bien es cierto, en todo caso, que su aspecto primitivo no resulta fácil de reconstruir, tanto por los procesos erosivos que padeció, ya citados, como por la incidencia de la excavación del año 70 —que se concreta en sendas zanjas paralelas a las paredes del corredor y en un cono de escombros depositado cerca de la confluencia de los arroyos, en el sector SE—, o como por las labores de acondicionamiento recientemente efectuadas para su mejor conservación, las cuales han introducido elementos artificiales como pequeños lienzos de piedra en seco dispuestos en su pendiente septentrional con el fin de impedir el deslizamiento de todo el conjunto.

La *estructura sepulcral* propiamente dicha, o esqueleto megalítico, está constituida por una cámara circular de más de 4 metros de diámetro y por un pasillo de acceso que supera los 10 de largo. La cámara estuvo formada en principio por 11 ortostatos de caliza y conglomerado de grandes dimensiones, de los cuales actualmente se conservan sólo 10. En su base aparecen afianzados interiormente por pequeñas cuñas de piedras, y en el exterior (a menos de un metro) por un anillo de 14 bloques, tan colosales como los de la cámara, que componen un círculo peristáltico cuyos extremos atenazan el arranque del pasillo. Entre peristálito y cámara, por otra parte, existe un relleno de piedras de pequeño tamaño, según todavía hoy cabe apreciar en el único punto donde falta un ortostato cameral. El vacío producido por la ausencia de éste aparece, no obstante, en la actualidad, prácticamente subsanado por el bloque, hincado a su altura, del círculo peristáltico exterior, que al no encontrar resistencia se inflexiona hacia el centro de la cámara desempeñando el papel de límite de la misma.

También en relación con la arquitectura de la cámara nos parece digno de destacar la muy diferente altura de los ortostatos, ya que no

es habitual en los restantes monumentos de la provincia y plantea importantes cuestiones a propósito de su cubrición. En tal sentido podrían encontrar justificación ciertos rebajes y acondicionamientos observados en la parte superior de los bloques más bajos, acaso denotando la existencia en origen sobre ellos de otras estructuras, tal vez de piedra en seco, que completarían sus alzados (Osaba et alii, 1971, 118).

Finalmente, el largo corredor, construido con 6 piedras en cada uno de sus lienzos, cuenta también con algunos refuerzos exteriores en ciertos puntos de su desarrollo. Como es habitual en este tipo de monumentos se observa una progresiva disminución en altura y tamaño, según se alejan de la cámara, de las piedras que lo configuran. En la actualidad, en el arranque del pasillo, prácticamente formando la puerta de la cámara, aparece dispuesta una gran laja a modo de cubierta, apoyándose para ello sobre dos jambas, y es muy probable que originalmente todo el corredor se cubriera mediante dinteles similares; sin embargo es preciso recordar que la mencionada laja, caída dentro del pasillo, sólo conoció su actual emplazamiento con posterioridad a las excavaciones del año 70, al entender los autores de ellas que colocándola así recobraba su posición primitiva (Osaba *et alii*, 1971, 119). También es preciso mencionar la existencia en uno de los bloques del corredor de un panel de grabados, en el que se representan dos cuadrúpedos muy esquemáticos y un signo ramiforme, sin que, desgraciadamente, pueda asegurarse su coetaneidad con la erección del megalito, por más que repetidamente se haya utilizado tanto como referencia para datar la pintura levantina como para envejecer las fechas iniciales del arte esquemático.

2. Sobre el peristalito del túmulo de Cubillejo.

Del dolmen de Lara, cuya planta responde al más genuino esquema de sepulcro de corredor, acaso cabría destacar la circularidad y gran amplitud de la cámara y el notable desarrollo del pasillo (Savory, 1975). Sin embargo, fuera de esos detalles, no se capta mayor singularidad en el monumento, que bien podría confundirse por ello con cualquiera de las sepulturas megalíticas de La Rioja, La Lora, el área de Sigüenza, las penillanuras salmantinas, o, más lejos, fuera del territorio estrictamente meseteño, de Extremadura o las Beiras, por hacer referencia sólo a espacios geográficos relativamente próximos.

La originalidad del dolmen de Cubillejo no radica, pues, en la arquitectura del megalito propiamente dicha, sino en un detalle estructural del túmulo, como es la existencia de un imponente anillo peristáltico que abraza exteriormente a la cámara y está constituido por bloques u ortostatos enormes, tan altos y aún más que los

camerales. Es éste un rasgo que, en efecto, brilla por su ausencia en la decena de sepulcros de corredor excavados por nosotros hasta el momento en el área septentrional, también burgalesa, de La Lora, y que se desconoce igualmente en los monumentos pirenaicos— en modo alguno puede confundirse con los toscos círculos de bloques distribuidos concéntricamente en la masa tumular de dólmenes de montaña, como los oscenses de Cornudella I (Andrés Rupérez, 1975. 47-9)—, lo que nos induce a sospechar tenga un origen occidental.

En esa línea subrayaríamos que el peristalito de Cubillejo encuentra sus mejores paralelos en un grupo de dólmenes del oriente de Cáceres y del oeste de la provincia de Toledo, entre los que se encuentran el célebre de El Guadalperal (Leisner, 1960), y los excavados más modernamente de La Estrella y Azután (Bueno, Pereira y Piñón, 1983), y también de la provincia de Salamanca, donde, a los descritos por el Padre C. Morán en sus trabajos tradicionales (1931 y 1935) de Linejo, Terradillos y Zafrón, ha añadido recientemente Santonja el de La Torre, en Vecinos, y el más conocido de La Ermita de Galisancho (Delibes y Santonja, 1986.72-3). Es posible que en otros sectores puedan llegar a documentarse estructuras análogas a las descritas, pero por ahora no nos parece muy ponderado asociar a la misma tradición, debido a su aislamiento, los círculos de piedras más toscos, tendidos a media distancia entre cámara y periferia tumular, de sepulcros occidentales como Carniçosas 2 (Leisner, 1956, I, 90) u Ortegal (López Cuevillas, 1959, 34), ni, como veremos más adelante, los constatados en la tradicional arquitectura de los *tholoi*, tanto en el Sureste, como en el sur de Portugal.

Los primeros investigadores en llamar la atención sobre esta particularidad de los monumentos toledanos fueron los Leisner, quienes desde los años 40 creyeron ver en ella el influjo de los sepulcros de cúpula meridionales (Leisner, 1943, 325 ss; ídem, 1956, 88), sirviéndose del dato, indirectamente, para completar su «hipótesis favorita» de que los sepulcros de corredor de cámara marcadamente circular del occidente meseteño y Extremadura eran exponentes de un momento muy avanzado de la colonización megalítica, paralelo a la etapa de Los Millares (Leisner y Schubart, 1964, 57 ss.). Unos años más tarde, empero, los mismos autores volverían sobre el tema con ocasión del estudio de las viejas excavaciones de Obermaier en El Guadalperal y matizarían aquella opinión, aludiendo por un lado a la escasez de megalitos con «coronas» en la Meseta —seguramente más aparente que real pues «todavía son muy pocos los grandes túmulos salmantinos y extremeños excavados con rigor»—, y llamando la atención, por otro, sobre el visible aislamiento geográfico de este grupo de dólmenes respecto a los focos meridionales que presumible-

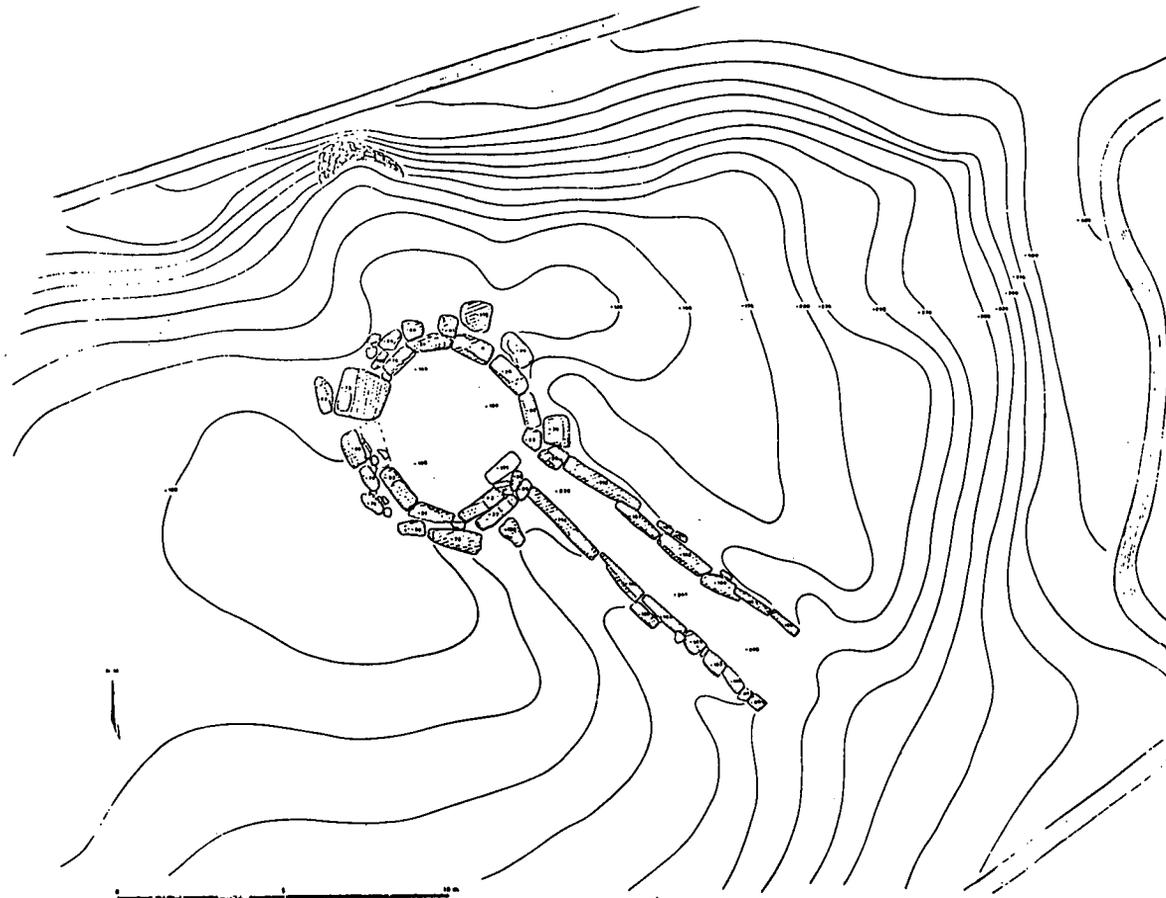


Fig. 2. Plano del sepulcro de corredor de Cubillejo de Lara. A destacar la corona pericameral y la indefinición del túmulo.

mente les servían de inspiración. El mencionado aislamiento representaba, pues, hasta cierto punto, el reconocimiento tácito de la personalidad de estos sepulcros con círculos peristalíticos, pero no su condición de elementos plenamente locales, ya que, aunque de forma poco convencida, se insistía en la necesaria existencia de un cordón umbilical tendido entre el ámbito del «horizonte de importación» (el Sur), y las tierras charras, el cual habría discurrido a lo largo del valle del Mondego (Leisner, 1956, 32; 1960, 68 ss).

Hoy aquella inevitable ecuación *dólmenes con cámaras redondas y coronas tumulares = fase calcolítica de Los Millares* resulta cuando menos discutible. La excavación efectuada por Obermaier en El Guadalperal, como la llevada a cabo hace pocos años por Santonja en Galisancho han proporcionado importantes ajuares funerarios en los que las monturas líticas geométricas alternan con las puntas de flecha romboidales y cruciformes con retoque plano. Esta situación, que denota fuerte contraste con respecto a la de los *tholoi* meridionales en los que los geométricos ya brillan por su ausencia, sugiere que el momento de fundación de los sepulcros mencionados, cacereño y salmantino, debió ocurrir en una etapa todavía neolítica en la que no había declinado por completo la talla de tradición epipaleolítica, hipótesis que parece definitivamente contrastada en el caso de Azután, donde se señala la presencia exclusiva de geométricos, faltando las flechas de retoque plano propias de época más moderna (Delibes y Santonja, 1986, 147; Bueno, Pereira y Piñón, 1983, 165).

Ante estos argumentos, a no ser que propongamos un tanto gratuitamente que el peristalito de Azután fue construido como consecuencia de una remodelación tardía producida en el túmulo de un viejo sepulcro neolítico, ha de convenirse que el modelo de megalito con pasillo y anillos pericamerales funcionaba ya en el occidente de la Meseta y norte de Extremadura no muy lejos de finales del IV milenio a. C., si es que esta fecha, probada radiocronométricamente para la construcción de diversos sepulcros de corredor del valle del Duero (Delibes y Santonja, 1986, 199), puede hacerse extensiva a los monumentos mencionados.

Otro aspecto digno de consideración es el de la funcionalidad de las «coronas» o anillos peristalíticos. La documentación legada por Obermaier sobre El Guadalperal es demasiado exigua como para abordar en profundidad ese problema, aunque sus trabajos, a juzgar por las fotografías del monumento que publican los Leisner, afectaron sensiblemente a la enorme masa tumular, poniendo al descubierto por lo menos tres anillos distintos, la existencia de un fuerte relleno de cantos entre ellos, e indicios de hogueras con algún material en la base del conjunto, sin que podamos saber si tales fuegos se hicieron sobre el piso del sepulcro o correspondían a un suelo previo a la erección del megalito (Leisner, 1960, 29 ss). Muy parecida situación des-

cribe Santonja para el dolmen de La Ermita de Galisancho, en el que significaríamos como mayor diferencia el detalle de que la envergadura de los ortostatos del primer peristalito —en contra de lo que ocurría en El Guadalperal o en Cubillejo, donde éstos son tan grandes como los de la cámara— es sensiblemente inferior a la de los camerales. El relleno entre círculos, sin embargo, pudo apreciarse aquí que era claramente intencionado (se producía alternancia de compactas capas de tierra y de piedra, muy distintas del sedimento resultante de cualquier tipo de ocupación), y, aunque se recuperaron en las tierras del túmulo, además de los habituales guijarros y bloques, restos de cerámicas a mano, esquirlas de sílex, cantos trabajados y algún molino barquiforme, advertíase a primera vista la muy distinta condición de tales elementos respecto a los que componían el ajuar propiamente funerario, por lo que no representó tal circunstancia impedimento alguno para conferir a los anillos una simple intención constructiva, de contención de las tierras del túmulo, descartando que hubieran podido delimitar «girolas» periféricas, contorneando a la cámara, de índole cultural (Delibes y Santonja, 1986, 72-73).

Frente a ésta idea, los excavadores de Azután, donde existe un único peristalito de gran altura, defienden que el espacio entre éste y la cámara sirvió primitivamente para el tránsito, no representando, pues, auténtico complemento tumular. Los argumentos sobre los que sustentan tal hipótesis descansan en la existencia, por una parte, de indicios artísticos (sobre todo cazoletas) en las caras internas (en principio no visibles) de los ortostatos de la cámara, así como en algunos del peristalito, y por otra en la documentación de ciertas losas partidas, perforadas, de la cámara, a modo de ventanas, que podrían responder a un afán de comunicación con el más allá del espacio funerario, es decir, con la presumida ronda externa (Bueno, Pereira y Piñón, 1983).

La conexión del sepulcro de Cubillejo de Lara con este tipo de arquitectura es incuestionable, pero lo que conocemos de él en este concreto aspecto resulta insuficiente para pronunciarnos sobre su funcionalidad. Tan sólo nos parece oportuno subrayar la escasa anchura del espacio reservado a ese posible deambulatorio, muy inferior a 1 m., y el detalle del fuerte relleno registrado en dicho espacio, a base de bloques calizos de tamaño pequeño y mediano, que diríamos deliberado, circunstancias ambas que nos inclinan a considerar más verosímil la teoría de que aquí también, como en Galisancho, el conflictivo peristalito fue en origen concebido como mero complemento estructural del túmulo, a modo de contrafuerte.

3. Elementos de ajuar de origen mediterráneo en el dolmen de Cubillejo de Lara.

Los materiales recuperados en la excavación del sepulcro de Cubillejo resultaron, fuera de los restos humanos, muy escasos. Ello, en alguna medida, debió ser consecuencia del continuo expolio a que estuvo sometido en el transcurso del tiempo el monumento, producto del cual ha de considerarse igualmente el estado fragmentario y la rara conexión anatómica de los huesos correspondientes a las inhumaciones depositadas en su interior (Osaba *et alii*, 1971, 119). En esas circunstancias, repetimos, no llama la atención que los elementos del ajuar funerario se limitaran a unos pequeños fragmentos de láminas de sílex, a un par de cuentas de collar, entre cilíndricas y esféricas, de «calaita», o a unos minúsculos trozos de cerámica a mano, uno de ellos decorado con motivos típicos del campaniforme de Ciempozuelos; sorprende más, en cambio, el hallazgo «en perfecto estado de conservación» de un brazalete circular recortado a partir de una amplia concha de *Glycimerys* o *pectunculus*, tanto por recuperarse completo, como por lo insólito de su presencia en las tierras interiores de la Península, a donde hubo de llegar como consecuencia de un trasiego o comercio desde la periferia litoral. Ya llamamos la atención sobre el interés de esta pieza hace unos años (Delibes, 1976, 144), pero queremos volver de nuevo sobre ella, con datos de excavaciones recientes que permitan establecer mucho más fielmente su cronología y comprender su exacto significado en un mundo de relaciones Meseta/Levante que se entrevé cada vez con mayor definición entre los milenios VI y IV a. C.

El origen mediterráneo de estas conchas fue intuido ya en los años 20, gracias a unos mapas de dispersión confeccionados por el profesor Pericot (1928), en los que se percibía una notable concentración en las cuevas neolíticas de Cataluña y Andalucía, en los sepulcros megalíticos del Sureste excavados por Siret, y, en menor medida, en los yacimientos sincrónicos valencianos, entre los que destacaba el conjunto, entonces estudiado monográficamente, de la Peña Rotja, en Quatretondeta, por desgracia falto de contexto arqueológico. Frente a ellos se subrayaba la existencia de un único hallazgo portugués como prueba de la escasa aceptación que en los territorios atlánticos ibéricos habían alcanzado estos objetos, tal vez por la dificultad que las poblaciones de los mismos encontraban para obtenerlos.

Por tanto, la presencia de un brazalete de *Glycimerys* —o de pectúnculo, como se les conoce más comunmente— en Cubillejo de Lara reivindica para las poblaciones megalíticas del oriente de la Meseta cierta relación mediterránea, evidenciando que las mismas no se mantuvieron abiertas tan solo al influjo del Oeste que, como vimos,

sirvió para justificar la incorporación al territorio de un modelo muy concreto de monumento dolménico, sino también al levantino, idea ésta hasta ahora poco valorada, pero que va tomando cada vez mayor cuerpo, según ha argumentado A. Cava (1987). Así, parece necesario admitir; a) que ya las primeras industrias geométricas epipaleolíticas del sur del País Vasco son simple trasunto de las valencianas de Cocina o las bajoaragonesas de Botiquería dels Moros-Costalena; b) que también la introducción en esa misma zona de la oveja mediterránea, desde mediados del V milenio, ha de entenderse como resultado de una relación con Levante, seguramente a través del Ebro; y c) que la presencia desde el epipaleolítico avanzado de adornos trabajados sobre conchas de *collumbellae* y *cypraeae* en los yacimientos alaveses y navarros se inscribe en el marco de parecida relación, al igual que la de las cerámicas impresas con *cardium* recuperadas por J. Fernández Eraso, en un contexto de mediados del IV milenio, en la cueva riojana de Peña Larga.

A la luz de estos documentos, resulta muy verosímil la explicación de que el brazalete de Cubillejo llegara a la Meseta por la vía del Ebro. La importante concentración de estas piezas en el Noreste peninsular de alguna manera lo avala (Pericot, 1928 y 1935) y, como argumento favorable adicional, contamos asimismo con el hallazgo producido hace pocos años de algunas piezas intermedias geográficamente, como las zaragozanas de La Mina Vallferra, en Mequinenza (Royo Guillén, 1984, 16-7; Rodanés Vicente, 1987, 137-8). Estas últimas presentan además el interés para nosotros de formar parte de ajuares de signo análogo a los dolménicos burgaleses —con geométricos, cuentas de collar, hachas pulimentadas, hojas de sílex, etc— pero en el interior de sepulturas pequeñas, acaso individuales, delimitadas por ortostatos de alguna consideración, las cuales podrían representar el exponente más occidental de la discutida «Cultura catalana de los Sepulcros de Fosa» y la prueba de que ésta representó unas facies cultural paralela en el tiempo al primer desarrollo megalítico, de cronología resueltamente neolítica. En ese contexto, el brazalete de pectúnculo de Cubillejo podría revestir el mismo significado de préstamo cultural que hay que otorgar al brazalete de piedra contemporáneo hallado en el Arenero de Valdivia, en la provincia de Madrid (Antona del Val, 1987, 55), si bien en este caso parece más convincente recurrir a un posible origen meridional dada la amplia y abigarrada representación de dicho modelo en el grupo de las cuevas neolíticas andaluzas (Jiménez Gómez, 1979).

Otra cuestión interesante relativa a la pulsera de Cubillejo es la de su cronología. Aunque el momento en que se depósito en el monumento representa obviamente un término *post quem* para la fundación del dolmen, no descartamos que la fecha de fabricación

podiera haber antecedido a ésta. La idea que sostenía Pericot, tanto en 1928 como en 1936, sobre estos adornos es que se trataba en general de materiales ya eneolíticos, insistiendo en ello A. M. Muñoz en 1965 al atribuir al calcolítico e incluso al Bronce un número nada desdeñable de tales objetos recogidos en cuevas de Lérida. Evidentemente, sin embargo, dicha idea debe ser sometida a revisión a la vista de observaciones estratigráficas y asociativas hechas recientemente. En el País Valenciano, por ejemplo, ha podido contrastarse la ausencia sistemática de estos brazaletes en las cuevas de enterramiento colectivo eneolíticas, e igualmente en el horizonte cardial de L'Or (Martí Oliver et alii, 1980, 141) lo que parece suficiente para situarlos en el Neolítico Final (Bernabeu, 1979, 121). En el Sureste, donde son bastante abundantes, ya Siret tendía a considerarlos fósiles-guía de los comienzos de la Cultura de Almería, es decir del neolítico de El Garcel (1913, 38, 97, etc), y el estudio sistemático sobre las sepulturas de este mundo efectuado hace poco tiempo por Acosta y Auñón (1983, 277 ss) confirma su reiterada presencia en los sepulcros megalíticos más antiguos (sobre todo «rundgrabern») de la llamada Fase I de dicho mundo, en los que se registra exclusivamente el hallazgo de monturas geométricas. Serían, pues, sin apenas excepciones, elementos pre-Millares que hoy no creeríamos exagerado llevar hasta al menos el IV milenio a juzgar por el tipo de material cerámico al que suelen ir asociados en los pequeños asentamientos del área de Mojácar, muy próximo al del Neolítico de las cuevas andaluzas. En el marco de esta última cultura la presencia de *Glycimerys*, coexistiendo con los modelos de caliza que probablemente imita, resulta también muy común (Navarrete, 1976, 402-6; Jiménez Gómez, 1979). Su momento álgido parece situarse en la primera mitad del IV milenio, aunque los más antiguos podrían ser aún anteriores si nos atenemos a los datos obtenidos en la estratigrafía de la Cueva Chica de Santiago en la que se conocen desde los niveles iniciales del Neolítico Medio (Acosta, 1986, 138). Por último, en Cataluña, donde Pericot, como vimos, reconocía una importante concentración, ha existido siempre, como dijimos más atrás, cierta tendencia a asociar estos adornos al horizonte neolítico avanzado, e incluso eneolítico, de los Sepulcros de Fosa, pero testimonios modernos permiten afirmar que ya funcionaban en los tiempos de las cerámicas impresas epicardiales, al menos desde el Neolítico Medio (Estévez y Martín, 1982, 131).

La idea global que se obtiene, pues, a través de este repaso, es que los brazaletes de pectúnculo son, «grosso modo», manufacturas neolíticas mediterráneas, y la enseñanza particular deducida para la pieza de Cubillejo ha de ser que la misma llegó desde ese sector, seguramente por el Ebro, en un momento no posterior al 3000 a. C. Esta última impresión, además, no representa menoscabo alguno, sino más bien al contrario, confirmación de las tesis cronológicas que hasta

ahora venimos sosteniendo, a partir de dataciones C14, acerca de la implantación del fenómeno dolménico en el oriente de la Meseta.

4. Consideración final.

Los dos aspectos del dolmen de Cubillejo de Lara sobre los que aquí hemos hecho hincapié resultan ampliamente reveladores del complejo de relaciones mantenidas por la población del oriente de la Meseta en la segunda mitad del IV Milenio. La adopción en Cubillejo del esquema de sepulcro de corredor con coronas peristalíticas prueba definitivamente la raíz occidental del foco dolménico burgalés y del sur del País Vasco, cuyo germen parece por ahora situarse a caballo del macizo de Gredos, al norte y sur de la Sierra, y cuyo camino de difusión no puede descartarse siguiera los suelos montañosos del Sistema Central —el hito sería una vez más el dolmen madrileño de Entreterminos (Losada, 1976)—, máxime a la vista del reciente hallazgo y excavación de un monumento con parecidas características a las de El Guadalperal, Azután o el propio Cubillejo en la localidad abulense de Bernuy Salinero, muy cerca de Avila capital (Fabián, 1988).

Por otra parte, si la presencia en Burgos de ese particular modelo de megalito con coronas prueba tan sólo que los constructores del mismo tomaron como fuente de inspiración determinadas sepulturas del norte de Extremadura y del Suroeste de la cuenca del Duero, sin que ello implique un vínculo sostenido y estrecho con dicha realidad, el hallazgo en su interior del brazalete de pectúnculo constituye la demostración fehaciente de un verdadero nexo con el área mediterránea. Desde el Paleolítico Superior da la impresión de que tanto las conchas como los adornos fabricados a partir de ellas fueron objeto de intercambio entre diferentes poblaciones, convirtiéndose, conforme más alejado era su hallazgo en relación al lugar de procedencia, en elementos de prestigio o, como los llama Clark (1986), «de excelencia». Las valvas de *Spondylus gadaeropus*, así como los brazaletes o ajorcas recortados a partir de ellos, que se extendieron durante el Neolítico y Eneolítico, desde el Egeo, por todo el territorio balcánico y muy posiblemente, Danubio arriba, por el valle del Rhin, constituyen el ejemplo mejor conocido durante la prehistoria de este tipo de fenómeno, junto con el de las «cowries» del Mar Rojo y el Indico (Clark, 1955, 359 ss).

La aparición en Burgos de esta concha de *Glycimerys* —una especie marina, evidentemente extraña en la zona— nos induce además a preguntarnos por el procedimiento a través del cual llegó a la Meseta, que pudo ser un acto de violencia (una «razzia» con botín entre vecinos), o un intercambio pacífico, en términos de reciprocidad, esto

es, algún tipo de comercio (Polanyi, 1975). La última posibilidad resulta a todas luces más verosímil, toda vez que, aunque los adornos de esta concha se concentran sobre todo, como es lógico, en los sectores mediterráneos próximos a sus biotopos —trátase de un bivalvo, no excesivamente abundante, típico de aguas templadas (Lindner, 1985, 97 y 214)—, no dejan de menudear en zonas no estrictamente litorales (p. e. de Cataluña o de Andalucía oriental), a las que obviamente hubieron de llegar por procedimientos comerciales.

Un estudio minucioso de todas las piezas peninsulares de estas características tal vez permitiría distinguir adornos fabricados sobre conchas de especies diferentes (*Glycimerys pilosa*; *G. violacescens*, *G. glycimerys*, *G. felicia*, etc), e incluso demostrar la existencia de focos o talleres de producción independientes, lo que se nos antoja muy probable dada la extensa dispersión de tales objetos. Reconocemos con ello no saber cual pudo ser el origen exacto del ejemplar burgalés, aunque muy probablemente procediera de la costa catalana y remontara el curso del Ebro, a juzar por la presencia de algunas piezas más a medio camino, como las citadas más atrás de Mequinenza.

No hay, pues, por ahora, documentación válida para perfilar cuáles fueron los mecanismos que en el neolítico hicieron posible la aparición de conchas de pectúnculo en el interior de la Península Ibérica, y esa es la razón por la que —dado el paralelo de los objetos intercambiados y el relativo sincronismo de ambos fenómenos— se nos antoja interesante recordar algunos de los rasgos fundamentales, recogidos por Renfrew y Shackleton (1970), a propósito del comercio de *Spondylus*. A saber: 1.—se trataba de un intercambio de bienes de prestigio, no de primera necesidad (hecho indicativo de que los involucrados fueron personas de elevado «estatus»), 2.—las conchas o derivados, a juzgar por su casi exclusiva presencia en contextos funerarios (en tumbas, además, de individuos destacados socialmente), no debieron ser objetos de uso diario, sino más bien ceremoniales, y 3.—a la vista de cómo se rarifican los hallazgos en proporción geométrica según se alejan de sus lugares de origen, parece posible deducir que tales bienes no se intercambiaron de forma directa, sino subsecuente, a través de varias y sucesivas transacciones, lo que explicaría el aislamiento de alguno de ellos.

El modelo de intercambio mencionado, bautizado como «down the line» (Renfrew, 1975) y que bien podría servir para explicar el hallazgo de Cubillejo de Lara, parecería además encontrar un expresivo paralelo etnográfico en el comercio *Kula* de los trobriandeses, descrito por Malinowski, que implicaba un intercambio de adornos de concha entre agrupaciones de distintas islas, los cuales nunca llegan a representar una propiedad estable pues son por naturaleza bienes de transacción, lo que propicia un sorprendente

encadenamiento de hallazgos a lo largo de vastísimos espacios. La aceptación de un modelo de este tipo para justificar la llegada de la ajorca al megalito burgalés, aunque sugerente, no dejaría de plantear dos problemas que nos limitamos a apuntar: por un lado, el reconocimiento de la existencia de individuos socialmente destacados —quienes se permiten incorporar estas manufacturas, en principio sólo suntuarias, aunque en realidad obren como símbolos que refuerzan el prestigio de sus poseedores— en el seno de unas poblaciones megalíticas tradicionalmente tenidas por igualitarias; por otro, la necesidad de encontrar la contrapartida del cambio, ya que todo comercio implica reciprocidad. Dos cuestiones abiertas, dos nuevas incógnitas que, cuando menos, deberán estar presentes en las investigaciones en curso sobre las sociedades dolménicas que, en el tránsito IV-III Milenio a. C., vivían en la cuenca del Duero.

BIBLIOGRAFIA

- ACOSTA, P. 1986: *El neolítico en Andalucía Occidental: Estado de cuestión*, en «Homenaje a Luis Siret» (1934-1984), Sevilla, p. 136 ss.
- ACOSTA, P. y CRUZ AUÑON, R. 1983: *Los enterramientos de las fases iniciales en la «Cultura de Almería»*, Habis, 12, p. 275 ss.
- ANDRES RUPEREZ, T. 1975.: *La estación megalítica de Cornudella (Arén, Huesca)*. Noticiario Arqueológico Hispano, Prehist., 4, p. 39 ss.
- ANTONA DEL VAL, V. 1987.: *El Neolítico*, en «130 años de Arqueología Madrileña», Madrid, p. 44 ss.
- BERNABEU AUBAN, J. 1979.: *Los elementos de adorno en el Eneolítico Valenciano*, Saguntum, XIV, p. 109 ss.
- BUENO, P., PEREIRA, J. y PIÑON, F. 1983.: *Los grabados del sepulcro megalítico de Azután (Toledo)*, Zephyrus, XXXVI, p. 159 ss.
- CAVA, A. 1987.: *El neolítico en el País Vasco peninsular*, en «Congreso de Historia de Euskal Herria» (II Congreso Mundial Vasco). Bilbao, 52 ss. (Actas xerocopiadas)
- CLARK, J. G. D. 1955.: *L'Europe préhistorique. Les fondements de son économie*, París.
- IDEM. 1986.: *Symbols of Excellence*, Cambridge.
- DELIBES DE CASTRO, G. 1976: *El poblamiento eneolítico en la Meseta Norte*, Sautuola, II, p. 141 ss.
- DELIBES, G., ALONSO, M. y ROJO, M. 1987: *Los sepulcros colectivos del Duero medio y La Lora y su conexión con el foco dolménico riojano*, en «El megalitismo en la Península Ibérica», Ministerio de Cultura, Madrid.
- DELIBES, G. y SANTONJA, M. 1986: *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*, Salamanca.
- ESTEVEZ, J. y MARTIN, A. 1982: *El nivel epicardial de la «Cova del Frare» (Matadepera, Barcelona)*, en «Le Neolithique Ancien Mediterranéen», Actes du Colloque International de Préhistoire, Montpellier, 1981, Sète, p. 129 ss.

- FABIAN, J. F. 1988: *El dolmen abulense del Prado de las Cruces*, Rev. de Arqueología, Madrid, 86, p. 32 ss.
- JIMENEZ GOMEZ, M. C. 1979: *Los brazaletes de «piedra blanca» y su contexto en la España mediterránea*, Actas XV CNArq., Lugo, 1977, Zaragoza.
- LEISNER, G. und V. 1943.: *Die Megalithgraber der Iberischen Halbinsel. Der Süden*, Romisch Germanische Forschungen, 17, Berlin.
- IDEM. 1956.: *Die Megalithgraber der Iberischen Halbinsel. Der Westen. I.*, Madrider Forschungen, 1, Madrid.
- IDEM. 1960.: *El Guadalperal*, Madrider Mitteilungen, 1, p. 20 ss.
- LEISNER, V. y SCHUBART, H. 1964.: *Dólmenes de Ciudad Rodrigo*. Zephyrus, XV, p. 47 ss.
- LINDNER, G. 1985.: *Moluscos y caracoles de los mares del mundo*, Barcelona.
- LOPEZ CUEVILLAS, F. 1959.: *La época megalítica en el Noroeste de la Península*, Caesaraugusta, 13-14, p. 21 ss.
- LOSADA, H. 1976.: *El dolmen de Entretérminos (Madrid)*, Trabajos de Prehistoria, 33, p. 209 ss.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1947.: *Las comunidades prehistóricas alavesas y sus problemas*, Bol. Inst. Sancho El Sabio, 1, p. 51 ss.
- IDEM. 1974.: *En torno a la cultura megalítica de la Rioja Alavesa*, Estudios de Arqueología Alavesa, 6, p. 83 ss.
- MARTI OLIVER, B. et alii. 1980.: *Cova de L'Or (Beniarrés, Alicante). II*, Trabajos varios del S. I. P., nº 65, Valencia.
- MORAN, C. 1931.: *Excavaciones en los dólmenes de Salamanca*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas, nº 113, Madrid.
- IDEM. 1935.: *Excavaciones en dólmenes de Salamanca y Zamora*. Memorias de la Junta Superior del Tesoro Artístico, nº 135, Madrid.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1965.: *La cultura neolítica catalana de los «Sepulcros de Fosa»*, Barcelona.
- NAVARRETE ENCISO, S. 1976.: *La Cultura de las Cuevas con cerámica decorada en Andalucía Oriental*, Granada.
- OSABA, B., ABASOLO, J. A., URIBARRI, J. L. y LIZ, C. 1971.: *El dolmen de Cubillejo de Lara de los Infantes (Burgos)*, NAHispan., XV, p. 109 ss.
- PERICOT GARCIA, L. 1928.: *El depósito de brazaletes de Peña Rotja (Quatretondeta)*, Archivo de Prehistoria Levantina, I, p. 23 ss.
- IDEM. 1935.: *Sobre algunos objetos de ornamento del Eneolítico del Este de España*, Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, III, p. 129 ss.
- POLANYI, K. 1975.: *Traders and trade*, en SABLOFF, J. y LAMBERG-KARLOWSKY, C. (eds.) «Ancient civilisation and trade», Alburquerque, p. 133 ss.
- REFREW, C. 1975.: *Trade as action at a distance*, en SABLOFF, J. y LAMBERG-KARLOWSKY, C. (eds) «Ancient civilisation and trade», Alburquerque, p. 3 ss.
- RENFREW, C. y SHACKLETON, N. 1970: *Neolithic trade routes realigned by Oxygen Isotope Analysis*, Nature, 228, p. 1062 ss.
- RODANES VICENTE, J. M. 1987.: *La industria ósea prehistórica en el Valle del Ebro*, Zaragoza.

- ROYO GUILLEN, J. I. 1984.: *Excavaciones del Museo de Zaragoza en la necrópolis prehistórica del «Barranco de la Mina Vallería», Mequinenza, Zaragoza*, Boletín del Museo de Zaragoza, 3, p. 5 ss.
- SAVORY, H. N. 1975.: *The role of upper Duero and Ebro basins in megalithic diffusion*, BSAA, XL-XLI, p. 159 ss.
- SIRET, L. 1913.: *Questions de Chronologie et d'ethnographie iberiques*, Paris.

LAMINA I



Sepulcro de corredor de Cubillejo de Lara.



Sepulcro de corredor de Cubillejo de Lara.